

LAS FRONTERAS

Jorge von Ziegler

“E l hombre contempló el camino arañado por el agua y los faroles apagados, ausentes, que lo bordeaban hasta la colonia. Midió con el oído la fuerza del viento; recobró, quizá, el sentido de la realidad. Después acabó de abrir la puerta y salió al corredor de la terraza. Detrás de él avanzó otro hombre, más bajo, con pantalones de mezclilla y altas botas para pescar. El alto llegó hasta la línea donde escurría el agua del techo, metió las manos en los bolsillos del abrigo y se quedó mirando confiadamente el espectáculo que tenía ante sí. El otro hombre lo siguió y se detuvo a su lado. Es probable que conversaran acerca de aquello con voz pausada, distraída. El del abrigo llevaba una pipa apagada en la boca, y hablaba de lado, sin vocalizar, presuponiendo que su rumor podía ser entendido; el aire echaba hacia atrás su cabello negro, o lo revolvía cada vez que se producían turbulencias bajo el alero, cuando escapaba la corriente por el extremo del corredor. El de las botas se había puesto una gorra de pana al sentir el golpe del viento, y a veces se quitaba los anteojos para secarlos. Diez o doce minutos permanecieron frente a la balaustrada, soportando el frío y la monotonía de la tormenta.

“Sin delatar su origen, sin que fuera posible atribuirlo a una causa precisa o a los errores de los sentidos, rompiendo la acción de la naturaleza con una posible intervención humana, incorporando a ese caos de ruidos de agua escurriendo y cayendo otro sonido distinto, llegó de pronto una especie de voz de maquinaria, probablemente el motor de un automóvil que salía de una cañada por la que discurría un tramo del camino. Pero no se vio nada desde la zona del muelle y el ruido se apagó de improviso. Había sido acaso el eventual rugido de un acelerador, el grito efímero de un auto atascado en el lodo.

“Los hombres volvieron a cruzar el umbral y no se les pudo ver por unos instantes. Más tarde aparecieron cargados con algunos paquetes que colocaron en el suelo, junto a una de las columnas exteriores. Aún regresaron al interior del edificio para traer el resto de las cajas y una escopeta de un cañón. El bajo era quien cargaba la escopeta, ayudándose con la correa de cuero; la llevaba al hombro, como un paquete más o un accesorio sin importancia.

“—Es todo —dijo el bajo.

“Después apoyó la culata de la escopeta en el suelo y puso las manos, una sobre la otra, encima del cañón, tapándolo.

"Se quedaron otra vez mirando la tarde lluviosa, quizá tratando de descubrir lo que había más allá del velo gris y rayado de la lluvia. Desde lejos podía verse el reflejo de los anteojos del bajo, el brillo de platino de las dos superficies de cristal.

"La fuerza del agua no se había alterado nada. Como si fuera a desatarse abiertamente la tempestad o no fuera a detenerse la lluvia. El viento mismo seguía trenzando los árboles en una sola dirección, hacia el noroeste, y los mismos gritos agudos y zumbantes llegaban de los más lejanos bosques y de los grupos de casuarinas extendidos frente al restaurante. Los árboles doblados, resistiendo, parecían poseídos por el miedo o el terror de una imposible muerte; el viento intentaba quebrar sus troncos y arrastrarlos hasta las rocas que formaban el pie de las colinas.

"El hombre alto tomó de su boca por primera vez la pipa y la guardó en uno de los bolsillos del abrigo. Los dos se aproximaron a la columna bajo la cual se hallaban apilados los paquetes y se inclinaron para recogerlos. Todavía se les pudo ver parados ante la línea que marcaba la zona alcanzada por la lluvia sobre el corredor, bajo el alero; sus torsos, ocultos a medias por los paquetes, las piernas inmóviles, los tenis negros del alto, las botas para pescar del bajo, salpicados por el agua que se estrellaba en el suelo. Fueron unos minutos tan sólo, quizá apenas unos segundos, en los que parecía que estuvieran tomando aliento o las fuerzas necesarias para adoptar una decisión.

"De pronto, el alto abandonó el refugio y corrió por la escalera que llevaba al camino. El bajo lo siguió torpemente. Tuvieron que seguir el breve sendero que conectaba con la entrada antes de tomar el camino y, ya en él, corrieron en dirección al muelle, buscando las piedras más altas con los pies. Sólo el hombre de las botas llevaba la cabeza cubierta; el del abrigo soportaba el empuje del viento. Era extraño verlos saltando sobre las piedras para evitar los charcos y las delgadas corrientes que iban a desembocar al lago en pos de las sinuosidades del camino.

"Llegaron al muelle, alcanzaron la construcción de madera y corrieron sobre el raro espejo de la superficie de tablas. En el costado derecho del muelle, entre veleros medianos y pequeños con los mástiles desnudos, había un bote ancho de pesca sujeto de una argolla; los hombres lo abordaron y colocaron los paquetes en la parte posterior, bajo un toldo semicaído. Después saltaron nuevamente sobre el muelle y regresaron al edificio blanco. Ahora no se hallaban entorpecidos por ninguna carga, pero tenían que vencer la ligera pendiente del camino, que de pronto, por la difícil superficie de las piedras mojadas y las desviaciones que imponían los charcos y el propio trazo irregular, era como si se hubiera elevado en treinta grados. Sin embargo, llegaron en menos tiempo del que habían utilizado para alcanzar el embarcadero, y en pocos segundos se les pudo ver apoyados en la balaustrada de la terraza, a resguardo de la lluvia, que pareció cobrar vigor en esos momentos, insidiosa, tenaz, invencible.

"El tipo alto tenía ya completamente mojado el cabello, y el de las botas, al parecer, había preferido quitarse los anteojos salpicados a cada instante. Fue el de las botas, precisamente, quien tomó la escopeta, sacó de uno de los

bolsillos del pantalón un pañuelo, lo convirtió en una masa compacta de tela y tapó el cañón. Luego, los dos tomaron los paquetes que habían quedado abandonados bajo la columna y salieron a la lluvia.

"El sendero que, bajo la corta escalera que servía de acceso a la terraza y a la puerta del restaurante, llevaba al camino, consistía en varias losas de cemento colocadas en hilera. El hombre alto se adelantó varios metros, siguió por él muy rápidamente y salió al camino. Ya totalmente mojado, era difícil saber de qué huía. El bajo trató de alcanzarlo y sea porque su carga era más pesada o porque las botas estaban hechas para caminar sobre suelos fangosos y no sobre losas húmedas, resbaló al pisar un charco, que como espejo devolvía las imágenes de la tormenta. El alto debió escuchar el grito; volvió sobre sus pasos y avanzó hasta el lugar donde cayeron las cajas y el otro hombre, que se puso de pie con la ayuda de su compañero, levantó los paquetes y siguió el camino, cojeando un poco. Ya no corrían.

"En el bote parecían estar descansando, sentados en el banco de remo. La tarde, un poco más oscura, los azotaba allí con agua y viento. Estaban solos. Algunos veleros habían sido protegidos con cubiertas de plástico; nadie se hallaba cerca. Y nadie hubiera sido capaz de probar que en el edificio o en las casas distantes había alguien dispuesto a compartir con ellos el desastre. Sin luces, mudos, el edificio y las casas se iban desvaneciendo en el aire gris. De pronto, hubiérase dicho que, desde la perspectiva limitada del muelle, la imagen se hacía absolutamente irreal: las casas diseminadas en el fondo de colinas, los postes de luz, el camino, el restaurante, los lejanos trazos montañosos, no eran más que la misma masa de verdes y grises, la propia transparencia anulada de la tarde. No había nada allí. Los objetos, de improviso, habían desaparecido. Sólo la certeza de la existencia del muelle poblado de embarcaciones permitía intuir la supresión del mundo de la colonia de veraneo. Ahora, la lluvia era más cerrada.

"Por fin, el hombre alto se adelantó hasta la quilla del bote y deshizo el nudo de la atadura de la argolla. De inmediato, la embarcación se separó del costado del muelle, como arrastrada por una corriente hacia el interior del lago, golpeando lateralmente el flanco de un velero; pero un segundo más tarde se levantó una ola poderosa que la impulsó en dirección a la orilla. El hombre alto, que aún no se afianzaba en el banquillo de remo, estuvo a punto de caer al agua; el bote se agitó de un lado a otro con peligro. La superficie del lago se hallaba muy picada. El movimiento de las olas se producía de una manera engañosa; las olas no alcanzaban mucha altura, y más bien se hubiera apreciado una elevación del nivel del agua, sobre todo considerando que estaba muy cerca de la línea horizontal del muelle, pero se desplazaban mediante oscilaciones de una gran turbulencia, quizá porque la frecuencia de la oscilación era muy corta y hasta cierto punto invariable, no obstante que el viento se estaba replegando sensiblemente.

"Los dos hombres se apresuraron a sacar los remos y, a través de la acción del de las botas, que se hallaba en el costado derecho, enfilan la proa hacia el centro del lago, operación que fue posible gracias al intervalo entre las olas,

pues un nuevo impulso en dirección de la orilla los hubiera hecho encallar sin remedio en el fango. A pesar de los esfuerzos de los hombres, el bote parecía completamente inmóvil. Los golpes de remo apenas servían para evitar el efecto de las olas que lo arrojarían a la orilla o contra el grupo de veleros; sin embargo, el repetido ejercicio hizo que el bote avanzara un poco, demasiado poco, en busca de la zona en la que el ataque de las olas debería ser menor.

"El bote apenas había superado el nivel del extremo del muelle, donde se hallaba colocada una boya, cuando los dos tripulantes vieron aparecer sobre el liso y mojado tablero una figura equívoca. Una figura que se transformó muy pronto en un niño que corría velozmente los veinte metros de longitud del muelle. Procedía quizá de la franja de matorrales que ribeteaba la orilla del lago hacia el norte, y desde donde, acaso, estuvo observando a los dos hombres cuando llevaban sus cosas al bote. Lo único cierto es que los tripulantes de la embarcación no lo vieron hasta el momento mismo en que desafiaba el peligro de resbalar sobre las tablas mojadas, corriendo hasta el extremo de la construcción. Y de un extremo al otro pareció surgir entre la niebla de lluvia como un extraño mono.

"No hay duda de que los hombres vieron al niño arrojarse al agua y nadar hasta el bote. Pero no hubo el tiempo suficiente para apreciar si habían dejado o no de remar en estos segundos. Ellos seguían en el intento de mantener a la embarcación contra la deriva, sin hacer, aparentemente, nada por el niño, que con un impulso consiguió agarrarse de la borda y saltar, no sin trabajos, al interior.

"Era un niño excesivamente delgado; con la camiseta y el pantalón adheridos al cuerpo por el agua, parecía, aun de cerca, un simio exhausto tumbado sobre la cubierta.

"Se escuchaba el golpeo rítmico y seco de las olas debajo del bote, como si se tratara de una lancha de motor de gran velocidad. Ya los remeros habían logrado ganar unos metros; poco a poco, el propio muelle empezaba a perderse en la niebla. La tormenta parecía llevarse todo aquel mundo. Casas, árboles, edificios, colinas, canchas de tenis, caminos de piedra, vallas, orillas de fango horadadas por pezuñas de caballos, desaparecían confundidos en el mismo torbellino gris. Nada de todo aquello era visible en esos momentos para esos hombres que daban la espalda a su destino. Sólo quedaban el bote sacudido por las convulsiones del agua y esas manos aferradas a los remos. Las olas eran cada vez más altas. Gradualmente, el bote se alejaba de la zona de mayor turbulencia y conseguía velocidad, si velocidad podía llamarse a su penoso movimiento. Ya estaban fuera del peligro de la orilla y penetraban la inmensidad del lago, como náufragos que buscan la salvación.